



Investigación Teatral

"La viuda de Apablaza" (Foto: René Combeau)

LA VIUDA DE APABLAZA

Y SU RELACION CON

LA TRAGEDIA CLASICA⁽¹⁾

Carola Oyarzún
Magister en Letras, U. Católica



La crítica afirma la existencia de una relación estrecha entre la obra de Luco Cruchaga, **La viuda de Apablaza**, y sus antecesoras, el **Hipólito** de Eurípides y **Fedra** de Racine. Estas tres obras -junto a muchas otras más- comparten el correlato del mito de Fedra. Tanto Grinor Rojo como Julio Durán-Cerda, insisten en la similitud de varios de sus personajes, principalmente la madrastra que se enamora de su hijastro, y el hijo bastardo que la desprecia.

Poco se ha insistido, sin embargo, en la elaboración de los personajes de la obra (**La Viuda**) correlacionada sobre todo con el **Hipólito** de Eurípides y también, por lo menos en parte, nos parece, con la **Phedre** de Racine⁽²⁾.

Esta observación de Grinor Rojo entrega el

punto de partida y el estímulo para explorar esta área e intentar un análisis comparativo de estas tres obras.

Hipólito de Eurípides

La tragedia de Hipólito descansa sobre un esquema de venganzas declaradas. Venus, diosa del amor, no puede aceptar la adoración que Hipólito le tiene a Diana, diosa de la castidad. Por esto, Venus, ofendida e indignada, decide vengarse de Hipólito, haciendo que Fedra, su madrastra, se enamore de él cuando Teseo, su padre y marido de Fedra, no está en Trecene. Una vez que éste regrese y se entere de lo ocurrido, mandará a matar a su hijo.

La obra de Eurípides cuenta con la figura de Teseo como uno de sus pilares fundamentales. Esto hace una primera diferencia con **La viuda de**

(1) Este artículo de Carola Oyarzún es una parte de su tesis "Lo trágico en **La viuda de Apablaza**", con la cual obtuvo el grado de Magister en Letras con mención en Literaturas Hispánicas.

(2) Grinor Rojo, **Los orígenes del teatro hispanoamericano contemporáneo**. Valparaíso, Ediciones Univeritarias de Valparaíso, 1972, p.165

Apablaza, donde la figura del marido es sólo un indicador de que fue un hombre que le dejó sus tierras a su mujer, y que engendró un hijo ilegítimo, el cual, a su muerte, pasó a manos de su viuda. La existencia de Teseo en el Hipólito y la ausencia de Apablaza en **La viuda de Apablaza** confieren características muy diferentes a los personajes femeninos centrales de estas obras. En el primer caso, Fedra se lamenta y parece no aceptar las leyes de su corazón, y su temor a la reacción de Teseo es superior a sus fuerzas y no hace más que llorar su infortunio. En cambio, la Viuda, dada su condición de mujer sin ataduras maritales, puede dar libre curso a sus impulsos. Ella puede llevar sus motivaciones hasta las últimas consecuencias, pues nada la ataja. Lo mismo ocurre con el hijastro de la Viuda, cuya acción tampoco está determinada por la autoridad paterna, como es el ejemplo de Hipólito. También la libertad de los personajes de **La viuda de Apablaza** está marcada por la inexistencia de dioses, sin las rivalidades de éstos; el ejercicio de la libertad adquiere mayor fluidez y naturalidad, rasgo que se ve reforzado por el ambiente campestre donde la obra transcurre.

Los personajes Hipólito, por una parte, y Níco, por la otra, comparten una misma condición: la de ser hijos bastardos y, por lo tanto, poseen una desventaja que los hace ser de una determinada forma. Hipólito ha buscado en la castidad una virtud a través de la cual protegerse, y el Níco ha buscado una posición económica que lo levante de su calidad de "guacho". Hay en estos bastardos un sino trágico, como si el haber nacido fuera de la ley, los condenara para siempre y sus vidas se vieran amenazadas indefinidamente. Esto explica que uno se cobije en la diosa Diana y el otro en la diosa "fortuna".

Hipólito y Níco tienen algunos rasgos en común, pero también difieren enormemente en otros aspectos. El personaje griego tiene un carácter arrogante y su odio por las mujeres es extremado y enfermizo. Basta escucharlo:

¡Oh Júpiter! ¿Por qué dispusiste que las mujeres viesan la luz del sol, si son cebo engañoso para los hombres? Si deseabas que

éstos se multiplicasen, no debías haberlas creado, sino que ellos en sus templos, pesando el oro, o el hierro, o el bronce, comprasen los hijos que necesitaran, pagando el justo precio de cada uno, y que viviesen en sus casas, libres de femenil compañía.⁽³⁾

Estas palabras son sólo el comienzo de un largo parlamento dirigido a envilecer a las mujeres. Para Hipólito, éstas son criaturas que sólo conducen al hombre a los peores males.

El ejemplo del Níco es diferente, puesto que en reiteradas oportunidades muestra una inclinación visible por las mujeres: primero recibe gustosamente las insinuaciones de la Celinda; luego, manifiesta abiertamente su amor por la Florita, y, con respecto a la Viuda, su actitud es de respeto y cariño.

Otra instancia importante de confrontar entre estas dos obras es la forma en que Fedra y la Viuda encaran su situación sentimental. Se ha señalado que Fedra actúa atemorizada por su marido, por la personalidad de su hijastro y también por la clara conciencia de que aquello que le está ocurriendo es indebido:

¡Infeliz de mí! ¿Qué he hecho? ¿Cuál ha sido mi absurdo delirio? He perdido la razón, he caído en las redes de alguna deidad funesta. ¡Ay, ay misera de mí! Nodriz, cubre otra vez mi cabeza; me avergüenzo de lo que he dicho hace poco. (149)

Su largo silencio la ha torturado hasta el punto de confesar a su nodriz el motivo que la aqueja. La nodriz urde un plan para atraer a Hipólito sin que Fedra sepa, ya que esta nunca quiso confesar su amor a Hipólito, pero su debilidad la hizo confiar en quien no debía:

Pero te diré cómo he llegado a discurrir así. Después que el amor me hirió, traté de conciliarlo con la virtud, y comencé entonces a ocultar mi dolencia. No debía fiarlo a la lengua, que si a veces rectifica los pensamientos

(3) Eurípides, **Tragedias**. Madrid, Ediciones Distribuciones S.A., 1983, p. 164. Las restantes citas corresponden a esta edición.

ajenos, se expone otras a muchos males. Determiné resistir con entereza a este amoroso delirio y dominarlo castamente. Por último, no pudiendo vencer a Venus, he decidido morir. (156)

Fedra se suicida por temor a la condena y la deshonra. En cambio, la actitud de la Viuda es la opuesta. Este personaje no siente remordimiento alguno, y una vez que ve amenazado su amor por la intromisión de su rival, enfrenta a su hijastro y le confiesa abiertamente sus sentimientos, sólo con la ayuda de unas copas de vino: "El vino alienta la confianza, Níco..."⁽⁴⁾ (94). Primero lo alaba, diciéndole: "Te parecís al finao, qu'es tu padre... Tenís las mismas hechuras dél; los ojos iden cuando él era guaina y estábamos enamoraos..." (95). El Níco refuta las insinuaciones de la Viuda y entonces ésta lo lleva a la tentación de aceptarla junto con todos los bienes que posee. Más tarde, al

igual que Fedra, se da cuenta cuán bajo ha caído, reconoce su culpa y no ve otra opción que la muerte, "¡mátenme mejor...! ¡Mátenme!" (107).

Los dos personajes femeninos centrales en sus últimos momentos, en un acto que muestra lo que les queda de voluntad y de orgullo, acuden a la venganza. La de Fedra, tendrá efectos mortales para Hipólito, pues la calumnia de que su hijastro hubiera profanado su lecho, provocará la más terrible de las iras de Teseo. La falsa acusación que hace Fedra a Hipólito refleja un alma resentida y también su impotencia al no haber podido librarse de sus propias culpas. Situación similar ocurre con la Viuda cuando, muy próxima a su fin, maldice al Níco y lo amedrenta:

Tey de penar hasta que te rompai el bautismo en un barranco o te empataní en un hualve... Cueros no han de faltar tampoco pa que te ahoguen en el vao el río... ¡Tieso, agusanao, poirío tey de ver, como tenís el corazón agora pa espreciarime...! ¡Culebronazo reque-temaldecío...! ¡Hacela llorar a una que jué mejor con él qu'el pan candial...! ¡Maldito...! (110-111)

Aunque estas maldiciones no pasan de ser palabras, una vez muerta la Viuda, quedarán en la mente del Níco para siempre. Sin lugar a dudas, la vida de este muchacho será diferente y el golpe sufrido por la muerte de su madrastra trasciende lo esperado por todos:

A naiden la quería como a ella; pero vos, m'hijita linda, erai mi debiliá... ¡Ejame llorar por la viau, que sí'ha esgraciao pa

(4) Germán Luco Cruchaga, *Teatro*, Santiago, Editorial Nascimento, 1979, p. 94. Las restantes citas corresponden a esta edición.

"La viuda de Apablaza": C. Bunster y M. Lorca (Foto: R. Combeau)





"La viuda de Apablaza" (Foto: René Combeau)

dejarme solo, antes e morirse e la pena de vernos...! ¡Ejame llorar por la viua...! (115-116)

Fedra de Racine

En efecto, Fedra no es ni totalmente culpable, ni totalmente inocente. Está empeñada, por su destino y por la cólera de los Dioses, en una pasión ilegítima de la cual es la primera en horrorizarse. Se esfuerza cuanto puede para superarla. Prefiere morir a declarársela a nadie.⁽⁵⁾

Son éstas las palabras del propio Racine en el Prefacio de **Fedra**, instancia que aprovecha para comentar su obra y reconocer que ésta es una tragedia cuyo tema está tomado de Eurípides.

En esta obra la acción gira en torno al

personaje femenino, Fedra, quien, al igual que en **Hipólito** de Eurípides, descubre su pasión por su hijastro, mientras Teseo, su marido, se encuentra lejos, y, ella en primera instancia, hace lo posible por alejarse de él:

En vano en sus altares quemaba yo el incienso: si imploraban mis labios el nombre de la Diosa, idolatraba a Hipólito; viéndolo de continuo, hasta al pie del altar que mi mano incensaba, le ofrecía yo todo, sin nombrarlo, a ese Dios lo evitaba doquier. ¡Colmo de la miseria! mis ojos lo encontraban en la faz de su padre. Contra mí misma, osé sublevarme por fin y para perseguirlo de fuerza a mi valor. Quise enviar al exilio mi enemigo adorado y fingí el hostigar de una madrastra injusta; apremié su destierro, y mis pequeños gritos lo arrancaron del pecho paterno y de sus brazos. (53)

(5) Jean Racine, **Fedra**. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1982, p. 19. Las restantes citas corresponden a esta edición.

Todos sus esfuerzos resultan inútiles, su corazón sobrepasa lo razonable y lo correcto, y favorecida, en parte, por la supuesta muerte de Teseo, e instada por Enona, su nodriza, declara su amor a Hipólito junto con ofrecerle la corona. Este artificio empleado por Fedra es equivalente a la acción desplegada por la Viuda: ambas usan su poder y sus riquezas para atraer al joven.

La Fedra de Eurípides y la Fedra de Racine coinciden en ver su desgracia como un castigo proveniente de los dioses y ambas llevan el fatalismo desde que aparecen por primera vez en escena. En las dos, florece una esperanza de lograr el amor de Hipólito a través de los planes de sus sirvientes, hecho que en ambos casos fracasa.

El rechazo del joven a su madrastra es parte fundamental del esquema del mito de Fedra, igualmente presente en la obra **La viuda de Apablaza**. El Hipólito en Eurípides, siente una verdadera aversión por las mujeres, de manera que en Fedra concentra todo su odio. No es éste el caso de Hipólito en Racine, que es un ser casi perfecto, y no desprecia a las mujeres, sino que ve claro que Fedra es su más mortal enemiga, presiente que de ella provienen todos sus desastres; sin embargo, su actitud ante ella es de humildad y respeto. Una prueba de sus virtudes es el hecho de estar dispuesto a sacrificarse e irse de Trezena para evitar el choque y el escándalo. Por este rasgo es que resulta tan doloroso ver cómo la calumnia levantada contra él por Enona, lo condena a ojos de su padre.

También en esta tragedia, la autoridad de Teseo desencadena situaciones irreversibles. Aunque temido por su hijo y su esposa, también posee características más humanas: duda, indaga sobre lo ocurrido y finalmente se arrepiente de haber invocado a Neptuno para vengarse del "ultraje" cometido por Hipólito, cuya inocencia es reconocida por todos.

También la Fedra de Racine se arrepiente y confiesa toda la verdad a Teseo en un acto de valentía sublime:

¡Ay momentos preciosos! Escuchadme Teseo.

Soy yo quien se atrevió, sobre ese hijo casto, a lanzar la mirada profana e incestuosa.

Puso en mi pecho el Cielo una llama funesta. La detestable Enona condujo lo demás... (165)

Esta Fedra por su honestidad y fortaleza moral supera a sus semejantes (la Fedra de **Hipólito** y la Viuda de **La viuda de Apablaza**). En esta figura trágica no hay venganza que provenga de ella misma, ni maldiciones; y si no pudo llegar a vencer sus impulsos, desplegó todos los esfuerzos por lograrlo, y, con toda la aflicción de su alma luchó,

¡Cielos! ¿qué he hecho hoy?

Va a aparecer mi esposo y su hijo con él.

He de ver al testigo de mi adúltera llama observar con qué rostro me acercaré a su padre, el corazón penoso de quejas que él no oyó, húmeda yo de lágrimas que rechazó el ingrato...

Enona, y yo no soy una de esas mujeres audaces que, en el crimen gustando una paz calma, pueden fingir un rostro que jamás se avergüenza.

Conozco a mis pasiones y a todas las recuerdo. Ya tengo la impresión de que muros y bóvedas empezarán a hablar y, prontos a acusarme, aguardarán a mi esposo para desengañarlo. (99)

Sus bellas palabras transmiten todo su dolor, y su desesperación y soledad infinita. Racine al final deja a una Fedra agonizante mientras Teseo decide ir al lado de su hijo.

Hipólito, como personaje de Racine, se acerca notablemente al Níco de **La viuda de Apablaza**, por el hecho de tener un amor correspondido verdaderamente: Aricia el primero, y la Florita, el segundo. Para ambos personajes, esta situación les genera las mayores dificultades con sus madrastras. Estas, arrebatadas por los celos, se disponen a desafiar a sus rivales y atrapar a los jóvenes.